

C
001
014
(69)



DON PEDRO NATERA.

Calle el Tygre, calle el Oso,
ca le el Leon coronado,
parensen todas las fieras,
y suspendan los estragos
que en sus iracundas luchas
sangurientas ejecutaron.
Suspendase todo el Orbe,
mientras que mi torpe labio
de las ferezas de un hombre
pueda referir un rasgo.
Nació en la Noble Tarifa
un hombre rico, é hidalgo
galan, discreto, y valiente
sugeto en quien se esmeran
de nuestra naturaleza
las prendas de mayor garbo
Para jugar una espada,
para correr un Caballo,
para emplear una bala
era un trueno, y era un rayo.
Era bien quisto en el Pueblo
porque al paso de alentado
era apacible, y humilde,
y con todos cortesano.
Siendo Mercader, tenia

medas, y paños;
caudal
os mil ducados.
a fortuna
fixo el vario
alsa rueda,
stiene rodando,
de una Dama
quien los Astros,
y los Planetas
idolatraron.
le esta Diosa
estoy celebrando,
Pabon de Fuentes,
calificado,
e pecho vestía
e San-Tiago.
en Don Diego
que eran hermanos
na beldad,
y bizarros;
edro Natera,
ferido Guapo,
bien nacido,
rico fiado,

C
001
014
(69)



DON PEDRO NATERA.

Calle el Tygre, calle el Oso,
ca le el Leon coronado,
parensen todas las fieras,
y suspendan los estragos
que en sus iracundas luchas
sangrientas ejecutaron.
Suspendase todo el Orbe,
mientras que mi torpe labio
de las ferezas de un hombre
pueda referir un rasgo.
Nació en la Noble Tarifa
un hombre rico, é hidalgo,
galan, discreto, y valiente,
sugeto en quien se esmeraron
de nuestra naturaleza
las prendas de mayor garbo.
Para jugar una espada,
para correr un Caballo,
para emplear una bala
era un trueno, y era un rayo.
Era bien quisto en el Pueblo,
porque al paso de alentado
era apacible, y humilde,
y con todos cortesano.
Siendo Mercader, tenía

tiendas de sedas, y paños;
y pasaba su caudal
de doscientos mil ducados.
Pero como la fortuna
nunca tuvo fixo el vario
uso de la falsa rueda,
que á tantos tiene rodando,
se enamoró de una Dama
principal, á quien los Astros,
los Signos, y los Planetas
por Deydad idolatraron.
Era Padre de esta Diosa
Venus, que estoy celebrando,
Don Diego Pabon de Fuentes,
hombre tan calificado,
que al noble pecho vestía
el Hábito de San-Tiago.
Tenia tambien Don Diego
tres hijos, que eran hermanos
de la ya dicha beldad,
valerosos, y bizarros;
pero Don Pedro Natera,
que es el referido Guapo,
fiado en ser bien nacido,
y en ser tan rico fiado,

herido de amor dispuso
el solicitar la mano
de la mayor hermosura,
que la fama ha celebrado:
en la Iglesia, y en la calle,
con discrecion, y recato,
por señas bien conocidas
le dió á entender su cuidado.
Y como á ninguna Dama,
(segun está averiguado)
le pesa de ser querida,
hizo curioso reparo
en las amantes finezas
de su firme enamorado:
Se enamoró la Señora
del Galán en tanto grado
que á un tiempo empleó Cupido
dos flechas con ambas manos.
Correspondióle bizarra,
y hubo de aquellos encantos,
que los amantes estilan
de paseos, y regalos,
de músicas, y papeles,
con que fueron avivando
la llama de sus finezas,
y el fuego de sus albagos.
Con licencia de la Dama,
Don Pedro ha determinado
ir á casa de Don Diego,
á el que le halló en su quarto,
y en presencia de los hijos,
y otros dos, ó tres Hidalgos,
pidió, que le concediese
de Doña Luisa la mano,
pues deseaba la dicha
de ser su esposo, y esclavo.
Era Don Diego soberbio,
muy colerico, y muy vano,
respondióle desatento,
y le dixo temerario:
Las hijas de Caballeros,
la vez, que toman estado,

es con gente de su igual,
no con sujeto mas baxo.
Vara de medir en casa,
ni la quiero, ni la gasto,
que yo no soy Mercader,
ni lo fueron mis criados.
Busque mas mediano empleo,
que el que pretende es muy alto,
no le faltará á Don Pedro
de las que están vareando,
hija de otro Mercader,
novia, que entienda sus trates,
y vayase, porque estoy
muy corrido de escucharlo,
y agradezca, que reprimo
lo mucho, que me ha enfadado.
Quedó Don Pedro Natera
aturdido y desairado;
y sin esperar mas lance,
como un Leon desatado,
desnudó al punto la Espada,
y dixo: A desvergonzados
respondo yo desta suerte,
y en lo alto de los cascos
le dió tan valiente golpe,
que lo dexó atolondrado.
Los que estaban de visita,
los hijos, y los criados
arrancaron las espadas,
y todos con él cerraron,
y con todos parecia
Basilisco emponzoñado,
que mataba con los ojos,
segun disparaba rayos.
Llegó Don Diego Pabon
á embestirle, y él ayrado
del último finiquito
le dió la carta de pago.
Y al menor de los tres hijos,
que era un valiente muchacho,
le despachó por la posta,
como quien dice, jugando.

Llegó el hermano mayor,
hecho de colera un rayo,
mas de un golpe en la cabeza
cayó al suelo atolondrado.
Era la casa un incendio,
siendo un volcan animado.
Don Pedro, con las centellas,
que en su Espada se fraguaron.
Duró la fiera pendencia
espacio tan dilatado,
que pudo el Corregidor
tener noticia del caso,
y con toda la cuadrilla
de Ministros, y Escribano,
en ocasion que Don Pedro
se venia retirando
para salir á la calle,
llegó á atajarle los pasos.
Aqui su valor heroyco
le fué todo necesario:
se esforzó la valentia,
y tremendo, y arrojado,
les dixo: el que no quisiere,
que se lo lleven los diablos,
no se me ponga delante,
que por vida de San Pablo,
este cometa de acero
con el valor de este brazo,
derribará mas cabezas,
que tiene el género humano.
Dió un brüco, y por entre todos
en la calle se ha plantado.
El Caxero de Don Pedro,
que era un Vizcayno honrado,
vien lo notorio el peligro,
se fué á su casa volando.
Recogió la plata, y oro;
y aparejó dos Caballos,
y á vista de la pendencia
volvió á buscar á su amo.
El Señor Corregidor,
viendo el pleyto mal parado,

gritaba: Favor al Rey,
ea prendadlo, ó matadlo.
Viendo Don Pedro, que ya
se le iba el brazo cansando,
á palos, y á cuchilladas
les hizo dar paso franco.
Salíó por una calleja,
donde encontró á su criado,
que en breve tiempo le dixo
lo que tengo declarado:
Montó en su Caballo, y luego
sobre el volador Pegaso,
seguido del Vizcayno,
le puso puertas al campo.
Se pasaron á Marbella,
y con cinco Valencianos,
y su criado, y él siete
quiso reparar los daños.
Lo mayor de este suceso,
lo mas admirable, y raro
es, que no sacó Don Pedro
ni una herida, ni un arañó.
Y el Señor Corregidor,
iracundo, y enojado,
despachó requiritorias,
con deseos de agarrarlo.
Dispusieron el entierro
de los tristes malogrados,
y curaron los heridos,
que quedaron maltratados.
Vamos ahora á la Dama,
que en medio de tal fracaso,
ni la muerte de su Padre
la sentia tanto, quanto
la ausencia de su querido,
que adoraba su retrato.
Y el enamorado Joven,
todo su pecho abrasado
de las gracias de su dueño,
no temia los estragos,
solo sentia la perla
preciosa, que le quitaron.

Dexó pasar cinco días,
y despues de bien armados,
dixo Don Pedro á los suyos:
Amigos, vamos al caso,
yo me he de entrar en Tarifa,
y aunque se viniera abajo
toda la Region del Fuego,
por el Cielo Soberano,
que he de sacar á mi Esposa,
si no me hacen pedazos.
Los camaradas le dieron
palabra de acompañarlo,
que los Valencianos eran
de la valentia primo.
Se pusieron en camino,
de noche en Tarifa entraron
tan valientes, que la muerte
tembló de solo mirarlos.
Echó su valor el resto,
y sin mas, ni mas llegaron
á la casa de Don Diego,
y de siete trabucazos
hicieron la puerta astillas,
y arrancando los candados
subieron las escaleras,
y al instante se encontraron
con los hermanos de aquella
temprana Rosa de Mayo.
Las espadas, y broque'es
los dos hermanos tomaron,
Don Pedro sacó la suya,
y á sus gentes ha mandado,
que para guardar la calle
se vuelvan todos abajo.
Cerró con los dos mancebos,
y del primer saetazo,
si ambos temblaron de miedo,
al uno dejó temblando,
y el otro, que quedó vivo,
temeroso, y asustado,

se encerró en un aposento,
dexando conducto salvo.
Con una luz Don Luis
salió, las luces turbando,
diciendo: Señor Don Pedro,
teneos, y reparaos.
Y él con la rodilla en tierra,
y con el sombrero en mano,
le dice: Señora mía,
á vuestras plantas postrado
perdon os pide mi amor
de los yerros, que ha causado.
Vuestra hermosura es la causa,
yá no puedo remediarios.
Por vuestra persona vengo,
y en eso estoy empeñado,
y ha de ser con gusto vuestro,
que no pretendo agraviaros,
que sois alma de mi vida;
no gastemos tiempo en vano,
que estoy en grande peligro;
y ella respondió llorando:
En fé de ser mi marido,
á vuestro gusto me allano.
Le agradeció la fineza;
y cogiendola en los brazos,
bajó por las escaleras,
y la puso en el Caballo.
Montó con ella á las ancas,
y á Portugal se ha pasado;
llegó á Lisboa, y en ella
al punto los desposaron.
Levantó una Compañia
á su costa de Caballos,
y la presentó á aquel Rey,
el que le dió de ella el mando,
quedando con los honores,
que por su fama ha ganado,
donde goza con su Esposa,
los merecidos aplausos.